

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Casos y cuestiones de interpretación bíblica actualmente debatidos en la Iglesia Lute- rana - Sínodo de Misuri	1
El lugar del Servicio Cristiano	6
El Bautismo salva	10
¿Qué es el Sacramento del Altar?	19
Bosquejos del Antiguo Testamento	30
Bosquejos para Sermones	36

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

¿QUE ES EL SACRAMENTO DEL ALTAR?

(Continuación)

Entiéndase desde el principio que no obstante todo lo que es preciso decir con respecto a este documento, consideramos, sin embargo, el cisma entre las dos grandes iglesias de la Reforma como una de las más grandes catástrofes del cristianismo que en sus consecuencias sólo es comparable con el cisma entre Roma y el Este y entre las Iglesias Ortodoxas y Monofisíticas en el Oriente. Pues este cisma ha sido y es todavía el gran obstáculo que ha impedido que el mensaje de la Reforma penetrase a toda la cristiandad. Este cisma fue especialmente fatal para América. Bien puede preguntarse si no fue la ausencia de una gran iglesia de la Reforma lo que hizo de América el país de innumerables grupos y sectas en que el evangelio de Jesucristo y los sacramentos del Nuevo Testamento tuvieron que perderse. Y debemos examinarlos y preguntarnos si no fue este cisma lo que hizo de las iglesias luteranas así como reformadas en Europa y América el fondo de un entusiasmo no bíblico y sectario. ¿Qué dirían Lutero y Calvino sobre la pretensión de que la discusión en América ha sido una "confrontación bajo la guía del Espíritu Santo", y del hecho de que se alaba a Dios "por la obra evidente en nuestro medio"? Es un entusiasmo no-bíblico el que habla aquí, y no la Reforma. Pues para los reformadores, el Espíritu Santo siempre era un objeto de la fe y no de la observación. Puede haber y hay en el mundo un confesionalismo no arrepentido y obstinado. Pero no lo encontraremos en una iglesia que fielmente y no sólo en forma nominal mantiene la confesión de la Reforma, sea ésta la reforma de Wittenberg o la de Ginebra, porque estas confesiones conocen la autoridad de la Palabra de Dios que nos juzga todos y nos revela al Salvador misericordioso. La palabra "luterano" no aparece en el Libro de la Concordia, salvo en un pasaje de la Apología donde Melanchthon se queja de que los adversarios llaman el querido santo evangelio "luterano". La iglesia que creemos y confesamos nunca es nuestra denominación, sino la una iglesia de Cristo que no es idéntica con denominación

individual alguna. Nuestros reformadores murieron como miembros excomulgados de la iglesia católica y no tenían conciencia de ser miembros de una iglesia nueva, aunque tenían que organizar sus iglesias de emergencia. Nadie negará los graves pecados que fueron cometidos en las polémicas entre las confesiones. Pero bien se puede preguntar si éstos eran más graves que los pecados que hoy se cometen en favor del ecumenismo: la destrucción de la sustancia doctrinal de la fe cristiana por nuestros compromisos, la seducción de almas cristianas por permitir cualquier clase de doctrina falsa. ¿Qué es peor, luchar contra herejías, o declarar que no hay herejías sino solamente distintas "tradiciones"? Una ventaja que la antigua Ginebra tenía sobre la Ginebra de hoy era que los padres de la iglesia conocieron la seriedad de la pregunta: ¿Qué es verdad? Los padres luteranos estaban dispuestos a morir por la doctrina que habían confesado en la Confesión de Augsburgo. ¿Quién quiere morir por las tesis de Arnoldshain?

VI

Lo que tenemos que decir al criticar el nuevo documento, no se dirige contra una seria discusión de las cuestiones que dividen a nuestras iglesias ni contra la tentativa de encontrar un acuerdo. El autor de este artículo no desespera de la posibilidad de alcanzar la unidad entre las iglesias separadas de la Reforma. Lo que estamos criticando es solamente el método. En cuatro sesiones el comité era capaz de resolver o casi resolver los problemas de cuatro siglos. En cuatro sesiones se ocuparon de todas las cuestiones que constituyen material de controversia entre nuestras iglesias: Evangelio, Confesión y Escritura; eucaristía y cristología y todos los problemas relacionados con este tema; justificación y santificación; liturgia y ética; ley y evangelio; creación y redención; el problema de los dos reinos. Como "donum superadditum" recibimos en la última parte una exposición sobre "integridad confesional y diálogo ecuménico", del prof. W. A. Quanbeck, el que también escribió el capítulo inicial sobre "Evangelio, Confesión y Escritura". De este documento tomamos un ejemplo para ilustrar nuestra crítica del método de estas discusiones. Leemos en pág. 186:

"...podemos ver claramente que el Credo Niceno usa el método teológico y el vocabulario del cuarto siglo para afirmar la verdad sobre Jesucristo y para rechazar los malentendidos sobre su persona y misión que amenazaron la claridad y el poder del evangelio. Aquellos que formularon el Credo estaban obligados a usar un lenguaje no-bíblico para afirmar la verdad del mensaje bíblico. El lenguaje del Credo no es un lenguaje bíblico sino el de la filosofía del siglo cuarto."

Esta afirmación es diletantismo crudo. El Credo de Nicea es una fórmula litúrgica que consiste de palabras bíblicas (es decir 1. Co. 8:6; Col. 1; 1. Co. 15). Los padres de Nicea agregaron el famoso *homousios* que no es un término filosófico. Se usó para expresar la idea bíblica de que Jesucristo es Señor y Dios. El obispo Alejandro no era filósofo. Su único interés era el de salvar a la iglesia. Porque si Cristo no es Dios, la entera liturgia cristiana que lo trata como tal, llega a ser un pecado contra el primer mandamiento. Los anatemas que se agregaron al Credo en su primera forma no decían otra cosa. Y no contienen filosofía. El profesor Quanbeck es obviamente una víctima de ciertos oscuros libros sobre la historia del dogma. Si el Credo Niceno usa conceptos como *ousía*, *sustancia*, está usando palabras que eran usadas ya en el Nuevo Testamento. ¿Era el autor de la epístola a los Hebreos un filósofo? Atanasio iba de un exilio al otro no por su amor a la palabra "*homousios*"; en realidad, ésta no le gustó y la usó sólo esporádicamente, y nunca en sus obras anteriores. Pero ella expresaba en forma sumaria la doctrina bíblica de la relación entre Padre e Hijo. Quanbeck revela su razón más profunda por su crítica del lenguaje tildado como no-bíblico del Credo Niceno, en la afirmación: "Los problemas de teología tienen cierta consistencia acondicionada a su tiempo respectivo y aun el cambio del pensar sustancial, estático, a las categorías dinámicas y de evolución significa que cada problema aparece en una nueva luz y en una distinta perspectiva" (pág. 187). Esto es entonces la filosofía del prof. Quanbeck. Categorías dinámicas y de evolución reemplazan lo que él considera como pensamiento sustancial y estático del pasado. Una

nueva filosofía produce una nueva teología. Cada problema se presenta en una nueva luz y en una distinta perspectiva. Esto, entonces, se aplica también al problema de la Santa Cena. La interpretación antigua es acusada como dependiente de una filosofía sustancialista, ontológica. Ahora aplicamos la filosofía de nuestro tiempo, el personalismo y el existencialismo, a la doctrina del sacramento, en Arnolds-hain, en Oberlín, y ahora en Princeton y Minneápolis. El don del sacramento no es una "sustancia", sino la "persona". Una nueva filosofía nos ha librado del escándalo que las palabras del Señor, "esto es mi cuerpo", deben ser para nuestra razón humana.

El espacio disponible no nos permite discutir todo el contenido del libro. Debemos limitarnos a la pregunta: ¿Cómo entiende esta teología la única cuestión de Marburgo? El título "Marburgo revisado" engaña en tanto que la discusión cubre todo el alcance de las cuestiones entre las iglesias luterana y reformada. En lugar de irse a Marburgo y escuchar atentamente lo que fue dicho allá, estos teólogos hicieron más bien un rápido vuelo "jet" sobre todo el área entre Wittenberg y Ginebra, bien altamente en el aire. No vieron mucho de la cuestión de Marburgo. Nubes parecen haberles oscurecido a veces la vista. Hay, naturalmente, algunos buenos pasajes, sobre todo en las contribuciones de los reformados. Pero los artículos no pudieron agotar tantos sujetos. La cuestión que debemos presentar es la cuestión de Marburgo: ¿Qué quiso decir Jesús al decir "esto es mi cuerpo" y al hacer la afirmación correspondiente respecto de su sangre?

La respuesta es infelizmente débil. Cristo está presente en la palabra y en los sacramentos. "El sacramento es una forma de la palabra visible y establecida, por la cual Cristo y sus beneficios salvadores se ofrecen efectivamente a los hombres" (p. 104). "La seguridad de su presencia se da en el testimonio mismo de Cristo en el rito de institución: Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre. La realización de su presencia en el sacramento es efectuada por el Espíritu Santo por medio de la palabra." "El significado de cristología en la Cena del Señor es que se provee la certeza de que es el Cristo total, la persona divina-humana que está presente

en el sacramento, pero esto no explica cómo está presente." Esta es la respuesta. Los luteranos que han aceptado este documento, no están ya en condiciones de confesar con una conciencia clara con respecto al sacramento del altar: "Es el verdadero cuerpo y sangre de Cristo..." Personas individuales pueden creerlo. Pero esto no es esencial para el sacramento. Por eso no puede ser el dogma de la iglesia. Todo lo que la iglesia puede enseñar es la presencia de la persona de Cristo. "Cristología" puede asegurarnos que el Cristo presente es el Cristo total. Pero "cristología" es, para el prof. Quanbeck y sus seguidores, especulación teológica. Así se nos deja con las "consolaciones de la filosofía" y ya no tenemos más el firme fundamento de la Palabra del Señor mismo... Lutero nunca basó su doctrina sobre especulaciones filosóficas-teológicas, ni lo hizo la iglesia luterana después de él. El único fundamento de la doctrina luterana de la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo han sido siempre las palabras con que Cristo mismo dio una vez para siempre la definición de su sacramento: "Esto es mi cuerpo; esto es mi sangre".

"Marburgo Revisado" será puesto en las manos de todos los estudiantes de teología de las iglesias luteranas y reformadas, será discutido y tendrá efectos de gran alcance. Todas estas discusiones coincidirán con las discusiones que ahora se realizan en escala mundial entre luteranos y reformados, discusiones en las cuales las iglesias luteranas de Europa ya han renunciado a la doctrina luterana de las confesiones y donde nuestros hermanos en América se enfrentan con una tremenda responsabilidad. Parece que la Federación Luterana Mundial y la Alianza Reformada Mundial —en cuanto concierne a sus dirigentes eclesiásticos y teológicos— están decididos a llevar adelante la gran unión en el espíritu del ecumenismo moderno. Así ha llegado la hora de confesión para los luteranos de América. La hora de confesión y no de una mera discusión. Nadie desea desaconsejar un diálogo serio y profundo entre las iglesias luteranas y reformadas. Por el contrario lo consideramos como una necesidad. Pero este documento no puede servir como base para tal diálogo. Puede servir como instrumento para despertar a iglesias y teólogos ayudándoles a realizar

la gran tarea que los espera. Pero para más no se presta. Se ocupa en demasiados problemas, cada uno de los cuales requiere ser tratado en una forma mucho más elaborada de lo que aquí ocurre. Lo que necesitamos para un diálogo verdadero es ante todo una exposición clara sobre las cuestiones a discutir, una presentación franca de los acuerdos y desacuerdos existentes. Lo que necesitamos, además, es una investigación exacta. No basta que dos hombres escriban cada uno un documento y que después se discutan estos documentos y se establezcan algunas tesis. Los problemas de teología sacramental deben ser estudiados de un modo mucho más completo en una investigación bíblica, histórica y dogmática. El aspecto filosófico también debe ser estudiado mucho más completamente. La teología cristiana puede hacer uso de muchos sistemas filosóficos diferentes, usando la verdad que contiene cada uno de ellos. Pero nunca debe ser atada a un sistema que resulta moderno en su tiempo.

Por eso opinamos que "Marburgo revisado" pueda leerse como punto de partida, pero que no puede haber una discusión de sus resultados, para lo cual no tienen ninguna autoridad. Los participantes estaban presentes como teólogos privados y no como representantes de sus iglesias. Nadie sabe quién es responsable de sus resultados o si los participantes aceptaron sus conclusiones o hasta qué límite los aceptaron. No puedo imaginarme que un erudito del Nuevo Testamento pueda estar satisfecho con la manera cómo se echó a un lado el problema exegético, que no obstante era el problema de Marburgo. Sea quien fuere el responsable, documentos de esta naturaleza no tienen validez en la iglesia a menos que sean firmados. Esto es la regla de la iglesia de todos los tiempos. El credo y los cánones de Nicea tenían que ser firmados por todos los miembros del concilio. Todos saben lo que significaron las firmas bajo las confesiones de la Reforma. Solamente en las conferencias ecuménicas modernas se adoptan resoluciones por las cuales nadie es responsable.

VII

Lo que según nuestra opinión las iglesias luteranas de América debieran hacer, es que las discusiones semificiales entre teólogos privados sean llevadas al nivel de discusiones y negociaciones responsables entre iglesia e iglesia. No estamos interesados en lo que piensa este o aquel profesor, presidente o pastor, sino en la doctrina de sus iglesias. Sólo entonces podremos descubrir si hay todavía un consenso sobre una doctrina básica tal como el dogma "De coena Domini", entre los luteranos y reformados, respectivamente. Lo que deseamos saber es, si las iglesias luteranas de América todavía confiesan respecto del Sacramento del Altar lo que nuestro catecismo enseña, o si la desintegración de la doctrina luterana en estas iglesias alcanzó el mismo nivel como lo observamos en el luteranismo europeo. Estamos profundamente preocupados. Pues un documento publicado años atrás por la anterior Iglesia Luterana indicaba tal desintegración. Lo que oímos de iglesias jóvenes con fondo luterano es alarmante. Parece que los luteranos en la India en sus negociaciones con la Iglesia Unida de India, un cuerpo decididamente reformado que ahora es abandonado por miles de anglicanos, eliminaron el "es" luterano. Pedimos a nuestros hermanos en América que comprendan nuestra profunda preocupación. Nos resistimos a creer que cualquiera de las iglesias luteranas en América va a engrosar los resultados de "Marburgo Revisado", aunque haya personas particulares que los acepten.

¿Por qué estamos tan preocupados? Es nuestra convicción profunda que defendiendo el significado literal del "este es mi cuerpo", Lutero no defendió un concepto teológico personal o de una escuela teológica sino un dogma básico de la iglesia cristiana. Con este "es" queda o cae abajo la encarnación. Y con la encarnación queda o cae abajo la iglesia de Jesucristo. Es esta la razón por qué estamos preocupados por el desarrollo en la India. No queremos hacer luteranos a los hombres de la India. Pero sabemos que el alma hindú, que es altamente espiritualizante, necesita al verdadero Cristo, no un Cristo como uno de los avatares, un ser divino que por un tiempo desciende a la tierra

para volver más tarde al mundo espiritual y divino, sino un Cristo encarnado, el Hijo de Dios que aceptó la verdadera carne humana y que nunca depuso lo que una vez aceptó, un Cristo que también en el cielo queda nuestro hermano. Es este el motivo por qué tememos quitar de la India el verdadero sacramento, que es la plena seguridad de la presencia real del ser encarnado. Nos sentimos confirmados en nuestra preocupación al leer que un profesor en la India propuso abolir el bautismo cristiano como condición de ser miembro en la iglesia.

Una preocupación semejante nos motiva a insistir en el "es" al pensar en nuestros hermanos reformados. No queremos hacerlos luteranos, pero queremos ayudarles a recuperar lo que perdieron en la historia trágica de la Reforma. La doctrina presente de la Iglesia Presbiteriana Unida de EE. UU. está contenida en la "Confesión de 1967".⁵

Ciertamente, está más cerca de Zuinglio que de Calvino y revela igual como todos los sustitutos modernos de las confesiones antiguas, la pérdida de la antigua sustancia dogmática... La iglesia luterana ha sido acusada frecuentemente de haber mantenido en su doctrina de la presencia real un "resto papista". Debiéramos decir: Lo que hemos retenido, o lo que tratamos de preservar, es una verdad que las iglesias católicas en el oriente y occidente han retenido. Pues con ellas estamos convencidos de que la presencia real en el sentido de que el pan en la Santa Cena es el cuerpo de Cristo, es la doctrina del Nuevo Testamento. Si esto es verdad o no, esto fue la cuestión a discutirse en Marburgo, la única cuestión. Cuando el realismo sacramental de Lutero chocó con el idealismo espiritualizante, humanístico, de hecho fue el realismo de la Biblia que chocó con una cristiandad espiritualizante y racionalizante que durante siglos fue un peligro latente para la antigua fe cristiana. Esta "huida a la razón" (fugere ad rationem) avanzó en el siglo 11 con Berenger. Esta cristiandad espiritualizante encontró su hogar más tarde en las tierras bajas de Escocia de donde Cornelis Hoen pasó a Zuinglio su doctrina del carácter meramente significativo del sacramento. Es extraño ver cómo en el mismo país todavía hoy los teólogos católico-romanos tratan de reemplazar la teoría de la "transubstanciación" por

su teoría de la "transsignificación". Si nuestros hermanos reformados tratasen de tomar en cuenta por un momento la posibilidad de que lo que ocurrió en Marburgo fue el encuentro de una interpretación realista e idealista de la revelación de Dios en Cristo, ellos obtendrían una comprensión mejor de la posición de Lutero en Marburgo, aunque no pudiesen aprobarla. Fue tal vez el momento más grande en los días trágicos del coloquio, cuando los luteranos después del fracaso de las discusiones, hicieron su última oferta. Como esta oferta corresponde exactamente a lo que Lutero repetidas veces había declarado como su condición para una unión en la cuestión del sacramento, puede suponerse que también aquí él fue el autor de la fórmula. La propuesta fue que cada parte declarase: "Confesamos que por virtud de las palabras "esto es mi cuerpo", "esto es mi sangre", el cuerpo y la sangre están realmente —substantive et essentialiter non autem quantitative vel qualitative vel localiter— presentes y se distribuyen en la Cena del Señor". Ni en Marburgo ni más tarde en una otra oportunidad Lutero exigió que debía ser aceptada como dogma de la Iglesia su teoría de la "ubiquitas" —este término fue formulado por sus adversarios—, que él había desarrollado para refutar a aquellos que negaron cualquier posibilidad de la presencia del cuerpo de Cristo fuera de la local. Aun la Fórmula de la Concordia no la dogmatizó, sino solamente la afirmación "que Dios tiene y sabe más maneras de estar presente en cierto lugar, no solamente la única que los filósofos llaman local o espacial". Lo que exigió como necesario fue la afirmación de que el verdadero cuerpo de Cristo, esto es, el cuerpo que nació de la virgen, que estaba colgado en la cruz y que resucitó del sepulcro, está presente en virtud de las palabras de la institución. Esta presencia debía ser entendida no como una presencia en "cantidad" o "cualidad", ni en el sentido de una presencia local, como teólogos medievales siempre habían tratado de limitar el "en" y "bajo".⁶ En otras palabras, lo que Lutero siempre exigió fue que las palabras de Cristo debían ser aceptadas en fe sencilla, mientras el "cómo" debía quedar un misterio de Dios. Ecolampadio estaba dispuesto a aceptar la propuesta, Zuínglio no podía asentir porque todo lo que se llame "sustan-

cia" era inaceptable para él como para los zuinglianos de todos los tiempos.

Es esta la última oferta de Lutero en Marburgo que la iglesia luterana tiene que repetir hoy en las negociaciones y discusiones con las iglesias reformadas. Esto no significa que solamente repetimos una vieja fórmula. Primero tenemos que recuperar la doctrina contenida en ella. Nunca podremos persuadir a nadie a aceptarla porque fue la doctrina de Lutero o demostrando sus profundas presuposiciones y consecuencias filosóficas. La cuestión será, como lo fue en Marburgo, una cuestión acerca del significado del sacramento en el Nuevo Testamento. Uno no tiene que ser necesariamente un luterano para creer en la presencia real. Varios exégetas serios encontraron en el Nuevo Testamento la doctrina de que pan y vino en la Cena del Señor son el cuerpo y la sangre de Cristo. Hasta eruditos modernos que rechazan la doctrina para sí mismos admiten que en cierta parte en el Nuevo Testamento este concepto está presente, encontrándolo algunos en Pablo, otros en Juan. Pero porque conocen solamente obras y extractos de obras en la Biblia y no más el Nuevo Testamento como un todo, no sacan las consecuencias necesarias de su observación. Puede ser que no esté muy lejos el día en que se haga manifiesta la crisis en que se encuentra la teología moderna porque ha perdido la autoridad de la Biblia como tal. . . Mucho más promisorio que las discusiones de nuestros dogmáticos podría ser una investigación seria de lo que el Nuevo Testamento tiene que decirnos sobre el sacramento. El día en que de nuevo tendremos una gran teología del Nuevo Testamento puede estar más cercano de lo que muchos piensan. Y tal vez no esté tan lejos el día en que la cristiandad pueda confesar como un artículo ecuménico de fe concerniente al sacramento del altar: "Es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, bajo el pan y el vino, instituido por Cristo mismo para que los cristianos lo comamos y bebamos". En realidad, esto es ya la fe de la mayoría de todos los cristianos sobre la tierra.

NOTAS

1) Citado por Arnold Lunn en una carta concerniente al catecismo holandés que es una afirmación ambigua sobre el nacimiento virginal. Lunn contesta: "El dogma del nacimiento virginal o es verdad o es falso. Si es verdad, entonces es verdadero hoy como entonces cuando los evangelios fueron escritos. Es una verdad que en ningún sentido depende del tiempo ni que tampoco es "limitada por las posibilidades de estilo y lenguaje", menos todavía por "sutilezas que no podrían ser expresadas adecuadamente", (Herder Correspondence, Mayo, 1967, pág. 161).

2) Citamos de la traducción inglesa oficial contenida en "Lehrge-spraech ueber das Heilige Abendmahl. Stimmen und Studien zu den Arnoldschainer Thesen der Kommission fuer das Abendmahls-gespraech der EKID, herausgegeben von G. Niemeier (Muenchen 1961)" pp. 332 sig.

3) The Nature of the Unity we seek. Official Report of the North American Conference on Faith and Order, Sept. 1957, Oberlin, Ohio, pp. 199-205.

4) Ibid. p. 205.

5) Art. 4. "La Cena del Señor": La Cena del Señor es una celebración de la reconciliación de los hombres con Dios y de unos con los otros, en que gozosamente comen y beben juntamente en la mesa de su Salvador. Jesucristo dio a su iglesia este recuerdo de su muerte por los hombres pecaminosos en tal sentido que, tomando parte en él tienen comunión con Él y con todos los que deben ser reunidos con Él. Participando en Él al comer el pan y beber el vino de acuerdo a la institución de Cristo, reciben del Señor resucitado y viviente los beneficios de su muerte y resurrección. Se regocijan por anticipado del reino que Cristo llevará a la consumación a su venida prometida, y se van de la Mesa del Señor con el confortamiento y la esperanza para el servicio para el cual Él los llamó". El Libro propuesto de las confesiones de la Iglesia Presbiteriana Unida en U.S.A. (Filadelfia, 1966), p. 196.

6) Para más detalles véase H. Sasse: This is My Body (1959, pp. 266 sig.

Hermann Sasse

Trad. y adapt. por F. L.